

mente lo que me parezca, y sin contradicción, porque eso, no lo tolero.

—Seremos sordomudos, señora.

Las gemelas querían darle un estrecho abrazo, porque había ganado dos batallas en una sola hora.

—Señora—dijo Manuel—, me va usted a permitir que me retire. Nadie sabrá la desagradable escena que ha tenido lugar; si nos ve usted rondar la calle, sepa usted que hacemos la guardia y nada más. Vendremos por la noche y tarde; porque todas las personas que visitan la casa, son nuestras enemigas y usted no querrá que nos vean.

—Es verdad, joven; usted tiene una prudencia que lo recomienda.

—Yo le traeré a usted todos los días las noticias exactas de lo que pase.

—Sí, quiero estar al tanto de todo, de todo.

Manuel se despidió de la familia Rentería y salió loco de contento en busca de su amigo, que ya le esperaba con impaciencia.

CAPITULO III

BENITO JUAREZ

I

Luego que el general Díaz de la Vega, que había quedado en el Gobierno interino, se repuso de la sorpresa del primer momento, reunió a todos los jefes de la guarnición y otras personas de importancia tratando de apoderarse de la situación, aceptando el plan revolucionario y quedando dueños del país.

Era éste un sueño fantástico; la revolución venía arrollándolo todo y los caudillos se dirigían a la capital, después de haber dejado instaladas las autoridades liberales en todos los Estados.

El general presidió la junta. El gran estadista Francisco Zarco, que ha dejado su nombre en la tribuna y en el periodismo, fué en mala hora convocado a la reunión.

Zarco, con esa sangre fría que le caracterizaba, protestó contra aquella farsa, le dijo de nulidad a todos sus actos y declaró que la revolución no aceptaba la elección que iba a verificarse, de Presidente de la República, y menos si recaía en un «santanista», que se separaba de ahí, para ir a esperar al caudillo vencedor, que era el que debía ocupar la presidencia, mientras el pueblo hacía la elección definitiva.

Frios se quedaron los soldados con aquella filípica, pero insistieron en la elección y nombraron al general Martín Carrera.

Entre tanto, el general Alvarez, que había pasado con su ejército entre miles de arcos de flores levantados en todas las poblaciones surianas, entró victorioso en la ciudad histórica de Cuernavaca.

El general Juan Alvarez se había distinguido en la guerra de la Independencia, había sido un gran soldado y era el Patriarca del Sur. Las montañas del Sur, han sido y siguen siendo, la patria de la libertad.

En los momentos de esta revolución el general Alvarez era un anciano octogenario.

Bajo de estatura, vivos sus ojos un tanto velados por la edad, cubría su cabeza con una montera de seda negra, que contrastaba con sus mechones blancos que colgaban por su cuello. Llevaba una capa española azul, porque acostumbrado al fuego de las costas sentía un hielo en la Mesa Central.

Sus soldados le adoraban y tenían con él la osadía del hijo con el padre.

En aquel palacio no había guardias ni consigna, todos entraban y salían, y hablaban con él a todas horas.

Todos le miraban como a un niño, era un verdadero demócrata, sin orgullo, sin pretensiones y sin más aspiraciones que el bien de la patria; sí, todo por la patria.

Se le creía rudo y tenía una gran capacidad política y una percepción admirable.

Nombró desde luego a su ministerio:

Al general Comonfort, patriota, osado, valiente hasta la temeridad y de gran talento; era uno de los héroes de la revolución triunfante.

A Guillermo Prieto, el gran poeta, el espíritu levantado de aquel movimiento, el cancionero del pueblo, sobre cuyo cadáver salpica hoy el llanto de esta tierra.

A Melchor Ocampo, filósofo, gran pensador, político, progresista, de grandes ideas. No supieron sus asesinos lo que encerraba aquel molde roto por las balas, en aquella traición indigna contra la que protesta la historia.

Por último, a... Séanos permitido referir una anécdota de ese hombre a quien acababa de nombrar ministro de Justicia el general Alvarez.

Se encontraba el viejo caudillo en su hacienda de la Providencia al comenzar de esa gran revolución proclamada en Ayutla. Había un gran movimiento, la Costa Chica y la Costa Grande estaban levantadas y la revolución cundía por varios puntos de la República.

Era activísima la correspondencia y en la secretaría del caudillo se trabajaba día y noche.

Una tarde llegó un viajero a la hacienda, bajó de su cabalgadura y preguntó por el general Alvarez.

El general le recibió inmediatamente.

—Señor—le dijo el recién llegado—, vengo a prestar mis pobres servicios a la causa de la libertad.

—Bien—contestó Alvarez—. ¿Es usted soldado?

—No, señor; pero lo seré.

Alvarez se fijó entonces en aquel hombre, bajo de cuerpo, moreno, con los ojos pequeños y chispeantes, alta la frente,

los labios delgados, pies y manos pequeños y una obstinación decidida en aquella fisonomía paralizada.

— Por ahora — dijo el general — prestará usted sus servicios en la Secretaría.

Pasó aquel hombre a la oficina bajo las órdenes del secretario, y el general no volvió a acordarse de él.

Redactaba las comunicaciones con gran corrección, se enteraba de todos los sucesos, conservaba en la memoria los nombres de todos, estaba al tanto de la revolución cuya madeja se entretejía entre su pluma.

Era incansable para el trabajo, y cuando sus compañeros mostraban una vacilación, los alentaba con una fe inquebrantable, parecía que aquel hombre profetizaba y que peligros y contradicciones, todos desfilaban ante él, como nubes que se disipan con el viento.

Silencioso, reservado, acaso esperaba su hora, que sonaría al fin en el reloj de su maravilloso destino.

Todos lo veían con respeto.

El general Alvarez revisaba su correspondencia, cuando le llamó la atención una carta que estaba entre las suyas y cuyo sobre decía: Al Sr. Lic. Benito Juárez.

Levantóse el viejo general y se dirigió trastabillando a la secretaria.

— Señor—dijo dirigiéndose a su empleado—, ¿es usted el licenciado Juárez?

— Un servidor de usted, señor general.

— Pero esto es increíble—dijo el viejo—. Usted es el hombre notable en la política.

— No, señor general, no paso de ser un ciudadano.

— Perdóneme usted—exclamó el caudillo—. Usted es un hombre ilustre y no se me había revelado. Desde hoy usted manda y yo obedezco.

Y se arrojó llorando en brazos del señor Juárez.

¡El presente y el porvenir se daban un estrecho abrazo delante de la historia!

II

La revolución había triunfado.

El general Alvarez, electo Presidente por la Asamblea de todos los representantes de la nación, había constituido su Gobierno provisionalmente en Cuernavaca.

La noticia de la elección del caudillo suriano, cayó como una manga de fuego sobre el partido conservador, que veía perdidas todas sus esperanzas.

En el pueblo causó un gran entusiasmo y más aún en el partido liberal exaltado.

Como en la capital dominaba el Gobierno intruso, se prohibieron las demostraciones públicas, temiendo se renovasen las escenas del 13 de agosto.

Los clérigos escondieron los badajos de las campanas y la policía desbarataba los grupos y recogía los cohetes; dispersaba toda reunión.

Era tal el terror que se tenía, que el cuerpo diplomático se dirigió a Cuernavaca, a visitar al nuevo Presidente.

Llegaron los ministros extranjeros, incluso el delegado apostólico, y se presentaron en la sala de audiencia, felicitando al general Alvarez por su advenimiento al Poder.

Creían que iban a encontrar a un Atila y se encontraron con un ciudadano.

Hubo un incidente.

El ministro de los Estados Unidos no quiso asociarse al Cuerpo diplomático, y así lo manifestó en una nota.

Presentóse el general Alvarez en ese día, y avanzándose con entera serenidad, dijo este memorable discurso:

«Con la más alta consideración, como enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de los Estados Unidos, reconozco en la persona de V. E. el renacimiento de un Gobierno verdaderamente nacional en México, Gobierno que había desaparecido por algún tiempo.

A vos, señor general, es debida la honra de haber tocado el primero, el arma en las montañas de uno de los Estados del Sur, cuyo suelo había sido profanado por los asesinos del inmolado Guerrero, cuando la usurpación central amenazaba volver a subyugar los Estados Mexicanos, sujetándolos al crudo absolutismo del Poder tiránico.

En nombre de la Federación de los Estados Unidos, que tengo la responsabilidad de representar, tengo el honor de felicitaros, por la alta distinción, que tan unánimemente se os ha concedido en la pública invitación de los Estados Unidos Mexicanos, señalándoos como el más alto funcionario conocido en su Constitución; honor no solicitado ni deseado, pero muy señaladamente merecido de parte de V. E.

Esta distinguida confianza de los representantes de los Estados libres e independientes, es el más alto título a la merecida confianza de los Estados Unidos, animados del mismo espíritu con que vos habéis puesto en armonía los elementos políticos, que han luchado vivamente excitados en México. Vos no despreciaréis la reconciliación de dos Repúblicas vecinas, que tienen la más amistosa disposición, resultado de la identidad de las causas.

La composición de todos los Gobiernos independientes, donde la soberanía reside en la nación y no en un individuo; en los administradores elegidos por la ley, los agentes y no los déspotas del pueblo, yo confío que despertará aquellas comunes simpatías que, tranquilizando un país en el interior, deben estrechar los vínculos entre confederaciones de Estados libres en el mismo grado y con las mismas ardientes afinidades que ligan los Estados de cada una, a un centro común.

En nombre, pues, de la Federación de los Estados Unidos de

América, su enviado extraordinario y ministro plenipotenciario, felicita a los Estados Mexicanos, en su reunión en un Gobierno que recoge la historia en la página primera de aquella evolución gloriosa.

Al renovar, pues, las relaciones con el Gobierno legítimo de México, que habían sido interrumpidas, desgraciadamente, por sus reconocidas simpatías, los Estados Unidos saludan hoy a la República Mexicana con un espíritu de amistad, justicia y paz.»

El general Alvarez comprendió que aquel pueblo debía más tarde ser el primer amigo de la República.

III

El señor Juárez, ministro de Justicia, convocó una junta de gabinete.

El Presidente citó a los ministros a aquella convocación solemne.

Todos aquellos hombres guardaban silencio, parecía que tenían miedo a aquella terrible conferencia.

El señor Juárez rompió el silencio y asumiendo su gran entereza, dijo:

—Señores, esta revolución no reviste el carácter de uno de esos motines que desde la Independencia hasta nuestros días han conmovido a la nación, llevándola a una completa ruina. Se trata de una resurrección en la historia.

Todos veían y escuchaban atentamente al señor Juárez.

—Es necesario — continuó el ministro — derribar todo el edificio y levantarlo de nuevo, sobre los elementos de la civilización. El pasado es de oprobio y de vergüenza; pero se necesita valor para esta empresa, que hoy fía la nación a nuestros esfuerzos.

El señor Ocampo aprovechó un momento en que el señor Juárez parecía recapacitar, y dijo:

— Señor Juárez, estamos en las mismas ideas, esta nación ha seguido subyugada por el feudalismo, el clero se ha impuesto con toda su fuerza, el pueblo está fanatizado, el militarismo todo lo ha esclavizado, las virtudes cívicas están muertas, nos paramos sobre escombros, si vacilamos un solo momento, nosotros y la sangre vertida, todo se hunde y se pierde.

El anciano caudillo movía la cabeza en son de aprobación y asentimiento.

Comonfort estaba pensativo.

Guillermo Prieto rebotaba de entusiasmo.

El señor Juárez continuó: — El «clero» y el «militarismo», esos dos funestos elementos que aprisionan a la nación, es necesario aniquilarlos, y aquí traigo redactada la ley.

Comonfort se estremeció.

Ocampo tendió la mano y recibió unos pliegos que Juárez le presentaba.

— Unificaremos — dijo el señor Juárez — el Poder civil; someteremos esos dos antiguos Poderes, es decir, los destruiremos, cesa el fuero eclesiástico y el militar, proclamamos la igualdad social.

— Bien, muy bien — dijo el caudillo.

Comonfort tomó la palabra: — Señores — dijo —, este paso es muy grave en el primer día de la revolución, el ejército de Santa Ana está en pie y el clero arrojará sus millones al campo de la lucha; todavía no somos demasiado fuertes, nos expodríamos a perder nuestra victoria.

— Señor general — dijo Juárez —, no ha envainado usted su espada todavía; la revolución va a durar muchos años, muchos; todas las ideas que traemos, no se establecen en un día, hoy convocamos al Constituyente, allí habrá una lucha espantosa, terrible, para colocar en las bases constitucionales todo ese programa que venimos pensando desde muchos años. Puedo asegurar a usted, señor general, que nosotros no veremos el triunfo definitivo de nuestras ideas.

— A pesar de todo, señor Juárez, me parece este paso antipolítico; esperemos, esperemos.

Entonces Ocampo, sacudiendo su cabeza y echando atrás su melena, se encaró con el general Comonfort, diciéndole:

— Los hombres de la revolución han tirado el guante y desafiado una época. Los motines que no arrojan más ideas que las de la rapta y la sed del Poder, son los que ansían esa situación y le tienen miedo al movimiento; aquí empieza una nueva era, de valor, de audacia y de patriotismo. Si contemplamos con la Iglesia y con el ejército, declaremos de una vez, que no es nuestra época, que hemos luchado para continuar lo mismo, que todas nuestras ofertas no han sido más que ilusiones, y que a la hora de practicarlas, retrocedemos acobardados ante el fanatismo, la tiranía, la barbarie, y que nos sometemos como todos esos hombres ambiciosos, inútiles y rapaces, que han usurpado la voluntad del pueblo para traicionarlo.

— Señor — dijo Comonfort —, como soldado y como político, estoy siempre a la vanguardia; pero estamos comprometidos ante la nación y aquí en el seno de nuestras confianzas, debemos pesar la situación tal como es, y afrontar nuestras responsabilidades. Los señores Ocampo y Juárez quieren arrollarlo todo en un momento, sin tener en cuenta que permanecen aún en pie todos los elementos contrarios y que podemos naufragar en la orilla. El clero está en posesión de sus trescientos millones.

— Se los quitamos — dijo Juárez interrumpiendo a Comonfort.

— El ejército, aunque disperso — continuó el general —, se encuentra en pie de guerra.

— Lo desarmaremos — dijo Ocampo.

—No; no es eso tan fácil; creo que podemos utilizarlo, lo mismo que al partido vencido.

—¡Señor general—dijo Ocampo—, lo mismo de siempre!... Si venimos luchando contra todos los abusos y todas las tiranías, la hora del triunfo no es la de las transacciones. El clero es rico, es verdad; por esta razón precisamente, necesitamos empobrecerlo. El ejército está en contra de nosotros; debemos exterminarlo; dejarlo con sus armas, es entregarnos a discreción.

—Pero no todo en un día—dijo Comonfort—. Estoy de acuerdo en todo ese programa, que es el de la revolución, pero en estos momentos lo encuentro peligroso.

—Pues yo creo—dijo Ocampo—que es el instante oportuno, cuando todavía no se dan cuenta de los sucesos.

—No nos entenderemos, señor general Alvarez; el gabinete está desconcertado.

—Señor Presidente—dijo Ocampo—, presento mi renuncia y me voy; conmigo nada pierde la revolución.

—Y yo, señor Presidente—dijo Comonfort—, renuncio mi puesto en el ministerio, y dejo que sigan su curso los acontecimientos.

—Señor general Comonfort—dijo Ocampo—, la presencia de usted es de un interés radical; se ha hecho usted centro de la revolución, nuestro ejército sigue a usted como a una bandera; usted no debe separarse, no sería patriótico. Plegue a Dios, señor general, que la política de usted no hunda a la nación en un abismo de sangre.

Saludó respetuosamente y salió para siempre de palacio, dejando profundamente preocupados a aquellos hombres, sobre quienes pesaba la responsabilidad inmensa ante la situación y ante la historia.

IV

Cuando Comonfort se quedó solo, apoyó sus brazos sobre el bufete y descansó la cabeza entre sus manos.

Después, como reflexionando, murmuró: —No, no es Ocampo; ése es un idealista, una capacidad gigante, pero... ¡No, no es ése!... El otro, sí; no sé qué veo en él, que me espanta.

Callado y mudo como una esfinge, inmóvil como una estatua... ¡Ese hombre es mi destino, le tengo miedo!... ¡Yo voy con el impulso revolucionario, que arroja en pedazos la religión, que destruye lo edificado por nuestros padres, que despedaza cuatro siglos, que se impone sobre todo como una deidad sangrienta!... Y yo, yo soy la mano que lleva el timón de esa nave osada en el mar conturbado de lo desconocido. ¿A dónde estoy?... ¡Yo no era nada, esto es una revelación espantosa, he entrado en un abismo...!, al son de los toques sagrados, la excomunión caerá sobre mi cabeza!... ¡Pero no soy yo, no; me empujan, me llevan contra mi voluntad... y tengo mie-

do! ¡Pero ese hombre, siempre impasible, delante de mí!... ¿Quién le ha arrojado al seno oscuro de la revolución, como un relámpago siniestro?... ¡Y está aquí como un testigo de bronce y le veo despierto y en mis sueños sigue mis pasos, le siento y cierro los ojos y le veo!... ¡Juárez!... ¡Juárez!... ¡De su mano saldrá el rayo...!, el clero y el ejército! Ese hombre no se asoma al peligro, y si se asoma es para desafiarlo. Su fe es la fuerza que todo lo domina, todo lo pisotea, todo lo osa, no hay valladar que no destruya, parece que ha leído de antemano en el libro del destino... Ese... ése... es el único que me impone... Es un juez inexorable, un fantasma aterrador, algo sobrenatural que no me explico y que lo siento. ¡Pero yo no debo cejar! «Plegue a Dios, señor general, que la política de usted no hunda al país en un abismo de sangre»... Sacó un pañuelo, enjugó el sudor de su frente, y tomó un legajo que estaba sobre el bufete.

CAPITULO IV

LOS PINTOS

I

El 15 de noviembre del año histórico de 1855, hizo su entrada en la capital el caudillo de la revolución, general Juan Alvarez.

La elegante México, la ciudad pefimetre, acostumbrada a presenciar aquellas revistas militares en que los cuerpos de la guardia ostentaban sus ricos y bordados uniformes, aquellos corceles enjaezados con plata, aquellos generales llenos de cruces y condecoraciones, aquellas baterías deslumbrantes, todo aquel aparato magnífico, veía como una incursión de bárbaros a las fuerzas surianas, con su calzón blanco, sus huarachas, sus sombreros de palma, sus camisas de fuera, sus cinturones de cuero con sus machetes y sus caballos flacos y con sillas viejas.

La mayor parte de aquellos hombres, tenían manchado el cuerpo y la cara, como las panteras, con manchas purpúreas, blancas, achocolatadas y azules.

Esta enfermedad cutánea es de las costas surianas y se tiene por contagio o por herencia; pero no trae resultado.

El aspecto de aquellas turbas arrojaba como recuerdos de la historia.

Era un espectáculo enteramente nuevo, pero terrible.

Con distinto color y traje, entraban en México, con el mismo desorden de los invasores americanos; porque las tropas vencedoras, son todas unas en los momentos del triunfo.

El pueblo acudió con gran entusiasmo y la gritería era espantosa, entre la que sobresalían los alaridos de los pintos.